

flan, charlan y rien bajo las sombras de los árboles y enramadas naturales que forman los arbustos y juncos que crecen viciosamente en las cercanías; algunas se peinan ó visten; otras bañan y grueñan á sus chiquillos, y muchos de estos retozan y gritan alegremente por en medio de las aguas. Si el viajero sorprendiendo esta fiesta diaria y familiar, ha hecho reborizar á alguna jóven, que cruzando ambas manos sobre su pecho virginal, ó metiendo el resto de su cuerpo en el arroyo, para sustraerse de las miradas del profano que ha venido á turbarla, y éste ha pasado adelante en busca de posada, no hallará ninguna pública en que hospedarse; pero si no ha estado antes en el pueblo y adquirido algún conocimiento, le bastará una simple carta de recomendación para ser acogido sin ceremonia y alojado cómodamente: no verá en la casa en que haya sido recibido, el fústo ni el lujo de las ciudades; pero encontrará amplitud, sencillez y asco, y la mas cordial hospitalidad: mas será preciso que no converse sino de los preciosos corrientes del cacao y del estado triste ó languero de la próxima cosecha; la alta política muy poco lugar tiene entre aquellos, sencillos, laboriosos y honrados vecinos: hay, no obstante, allí algunos hombres ilustrados, que hacen mucho honor al país de su nacimiento. La segunda parte de la conversación general, son regularmente los chismes de lugar, como en todas partes en iguales circunstancias. Las gentes de este hermoso pueblo no residen todas en él; una mitad por lo menos, se hallan viviendo en sus haciendas de cacao, en las que disfrutan, á su modo, de todas las comodidades de la vida, y de una envidiable tranquilidad. Antiguamente las habitaciones del campo eran casi semejantes á las que hoy tienen sus sirvientes; mas desde la época de la independencia han mejorado mucho aquellas: hoy son muchas de manosterio, y algunas de altas ó de fachadas bonitas, con corredores y arquerías. Lariqueza agrícola y territorial de la villa de Teapa se halla en un estado sobresaliente: las cosechas anuales del cacao, que es el principal cultivo, no bajan de diez mil cargas de sesenta libras, que el precio de cañore á quince pesos, que las mas veces es el corriente, produce á aquellos habitantes una entrada de ciento cuarenta ó ciento cincuenta mil pesos todos los años. Este pueblo es indudablemente el mas sano de todo el Departamento de Tabasco, y tiene un censo como de seis mil habitantes: de estos, apenas muere una cada tres dias aproximativamente, lo que equivale á un 2 por 100 anual; mortalidad sumamente baja respecto de casi todos los países del mundo. El otro es siempre puro, pues está rodeada la población de plantaciones; no hay lagunas ni pantanos en sus contornos; el terreno es alto y ventilado, y todo contribuye á su reconoci-

da salubridad. Este solo pueblo y el de Usumacinta tienen la ventaja, sobr muchos, que lo son comunes, de no tener mosquitos, que es la plaga mas ó menos general que hace molesta la residencia en aquel país, como en toda la costa del Seno mexicano. El calor tampoco es excesivo, relativamente, en aquella villa, pues nunca pasa de los 90 grados de Reaumur en la estacion mas elevada, á la vez que en la capital asciende frecuentemente de 96 á 98 grados. Tal es uno de los lugares mas bellos del Departamento de Tabasco, del que hoy se tienen tan pocas, vagas ó falsas nociones, y que procuraremos ir ratificando.

México, Octubre 30 de 1843.—M. Z. y Z.

LA FLOR DEL DESIERTO.

Era una flor muy bella con sus hojas blancas y rojas, mas brillantes que la seda, y mas suaves que el terciopelo: era una flor que nunca contemplaba yo todos los dias con amor y admiración: unas veces la veía necerse dulcemente en su tallo, al soplo de las auras matutales; otras la miraba lánguida y amorosa abrir su cáliz para recibir las gotas de rocío de las tardes de verano; otras en fin, estasiado con el primer de sus colores tornasolados con la luz del medio dia, y enagenado con el suave y grato olor que despedía, acercaba mis labios, besaba dulcemente su corola, y le consagraba un suspiro y una lágrima.

¡Hermosa flor! he pensado en tí en todos los instantes de mi vida, cuando lejos de esos tristes y lejanos bosques donde vegetas, aislada, he buscado consuelo en mi corazón; te has presentado á mi mente con tus mismos colores, con tus mismos aromas, meciéndote galana y orgullosa al impulso de las brisas de Abril.

¡Ingrata flor! Am continúa alegre y espléndida, siendo el ornato de esa selva triste donde comencé tu vida, sin acordarte que está lejos de tí el que amoroso y tierno te contemplaba, como si tú fueras la alma de su corazón.

¡Pobre flor! tampoco existes ya en la selva, vinieron las tempestades del otoño, cambiáronse las brisas en huracanes y la flor tan hermosa, cuanto débil, perdió sus bellezas y sus olores, se marchitó; nada existe ya, un tallo seco, unas cuantas hojas marchitas; algunos pétalos sin color esparcidos en el suelo.

Así es nuestra vida. Flores olorosas, espléndidas, pasan ante nuestros ojos, y nos encantan con su hermosura, nos embriagan con sus aromas; pero los huracanes del mundo las marchitan, acaban y mueren, dejando con su ausencia un vacío eterno en el corazón.—Y.

VIAGE SENTIMENTAL A SAN ANGEL

AL SR. GENERAL DON JOSE GOMEZ DE LA CORTINA.

I

EL CAMINO.

Hé aquí un artículo en que no encontrarán los lectores aventuras maravillosas, ni naufragios, ni incendios, ni desafíos, ni muertes. Cuando se cuenta un viage al derredor del mundo, todo esto y mucho mas puede haber; mas cuando el viage es de tres leguas y dura un dia ¿qué queis que haya de notable en él? No obstante, amo tanto á mis desconocidos lectores, por la indulgencia con que toleran mis escritos; estoy tan acostumbrado á darles cuenta casi diariamente de mis aventuras, de mis sensaciones, y hasta de mis culpas interiores, que me es imposible dejar de contarles en tono sentimental, á la manera del buen Sterne, mi viage á San Angel.

Era una deliciosa mañana: unas cuantas nubes blancas, vaporosas y flotantes como un crespon; velaban por intervalos la faz del sol, mientras los rayos de este astro iban á iluminar las cimas de azul oscuro de las montañas de la cordillera, que se dibujaban en el horizonte. Así, bajo las influencias melancólicas de un dia semejante sali de México, á través rápidamente las calles, y muy en breve me hallé en la calzada de álamos que conduce á San Angel.

Pocos de los lectores no habrán visto un album pintoresco: hermosos libros llenos de grabados finisimos que representan escenas de la naturaleza de los países mas célebres del mundo! Cuando ve uno tal libro es imposible dejar de exclamar: "Oh, qué vista tan sorprendente! Qué cascada tan magnífica! Qué campo tan bello! ¡Si yo viera estas escenas, seria el mas feliz de todos los mortales!" Pues bien, el panorama que presenta por todos lados este delicioso camino de tres leguas, es un album pintoresco que excede á toda ponderación. Quien ve estas alfombras de verde esmeralda que circundan á México, esas calzadas de álamos y sauces que atraviesan por en medio de los campos de trigo y de maíz, no puede menos de bendecir la mano de Dios que prodigó tanta hermosura, tanta fertilidad en este suelo. Así, cuando el ánimo está tranquilo, el corazón quieto y el pensamiento

dispuesto á meditar sobre las bellezas que la naturaleza cria en medio del silencio y del misterio, no hay cosa mas grata que vagar en una de estas calzadas, respirando la brisa suave y aromática de las flores; mirando ya el insecto que corre en la tersa superficie de los arroyuelos; ya el pájaro que meciéndose en la rama atisba al gusanillo ó á la mariposa; ya á las pequeñas culicabras que se escabullen entre los matorrales.....

En esos momentos de contemplación olvida uno las miserias é inconsecuencias del mundo, y admira hasta las mas insignificantes creaciones de Dios, y ni un solo pensamiento siniestro viene á derramar su veneno al corazón. ¡Sabeis, lectores míos, en lo que se piensa cuando se abraza de una sola mirada un cielo de azul y oro, un horizonte de carmin, y un campo de esmeralda? Primero se bendice involuntariamente al que crió estas maravillas, y dió al hombre el imperio y el reinado de este bello mundo, y despues recuerda uno tal vez á la pobre madre que yace bajo el polvo y el olvido de la tumba; tal vez á la mujer, cuya voz, cuyas miradas y cuyas sonrisas, nos dan idea en la tierra de la felicidad de los ángeles; tal vez á los hijos, inocentes vástagos de un amor sagrado, y que como florecillas tímidas y delicadas, necesitan de la sombra y abrigo paternal. Todas estas meditaciones melancólicas, por cierto, tienen una dulzura inesplicable. El corazón parece que necesita de vez en cuando un alimento así, suave, tierno, melancólico; que no puede dársele sino por medio de esos recogimientos íntimos del alma en el silencio de la soledad y del esplendor de la naturaleza de los trópicos.

Preocupado con este género de pensamientos llegué á una encrucijada donde se dividen los caminos. Desde allí estendi la vista. Por mi frente seguía una calzada frondosa, cuya perspectiva óptica realizaba esos cuentos de magas con que nos arrullan en la infancia; á mi derecha se veía esa sucesión de lomas con sus azules mas ó menos desvanecidos, con sus tintas verdes y rojas, que son la desesperación de los pintores. En primer término estaba el grupo de árboles del bosque de Chapultepec, de cuyas copas parece que brota risueño y alegre el pe-

queño castillejo edificado en el cerro: mas allá eran las lomas de Tacubaya sembradas de casas que brillaban como el blanco vellón de un rebaño de ovejas; mas al fondo el lomerío de Santa Fé, recamado con infinitos matices y sombras ya de los árboles, ya de los sembrados que hay en él, y al último, cerrando este magnífico paisaje, se divisaban las altas montañas de la cordillera, azules en parte, en parte negras, y dejando ver los pinos y árboles de sus cimas, como las almenas de una torre feudal: á mi izquierda se observaban grandes y espaciosas sabanas verdes, salpicadas de cuando en cuando por un grupo de árboles, por un pequeño cerro ó por el caserío de alguna hacienda: á mi espalda se divisaba esa aglomeración de cúpulas, de torres, de miradores y de casas, que reverberaban con los rayos del sol: una ligera niebla cubría á la ciudad. Un poeta diría que la mañana envolvía con un crespon de gasa el seno de la radiante y voluptuosa capital.

Mis ojos no se cansaban de admirar tanta belleza y tanto esplendor. Saqué mi cartera y quise hacer algunos apuntes; pero me fué imposible. ¡Qué pobre es la imaginación! ¡Qué débil la pluma para describir estos cuadros, pintados con los sublimes colores de la naturaleza, y animados con el soplo vivificador del Señor de los cielos!...

Continué mi camino. A menos de cien pasos encontré, debajo de un grupo de álamos, una capillita pequeña de tosca arquitectura: unos pobres indios que conducían fruta en unos burros rezaban con fervor, y adornaban con naranjas el altar donde estaba colocado un Señor crucificado.

El que erigió esta modesta capilla en medio de la soledad del campo, no supo que levantaba una página poética á la religión. Aquel Crucifijo solo, en medio de un camino; aquellos pobres indios, humildes y sencillos, que adornaban aquel solitario altar; aquellas flores silvestres que enviaban su perfume á su Criador; aquel ruido religioso de la brisa que vagaba en las hojas de los álamos... Todo esto era una meditación de La-Martine; mas digo, un poema sublime y vivo, digno de ser cantado por el harpa del Rey Poeta.

No sé si molestado mi caballo por el sol, ó incómodo á causa del paso lento á que lo había obligado á caminar, hizo una cabriola y se puso á galopar. Era un noble bruto negro como el azabache, que conocía mis caprichos; estaba iniciado hasta en mis secretos amorosos, y me servía siempre alegre y festivo, así lo dejé ir á su voluntad, prometiéndole tambien en mi interior inmortalizar su nombre en cuanto la oportunidad se presentara. Noble y valiente animal, cuántas veces acaricié tu robusto cuello! ¡Cuántas veces mis lágrimas cayeron en las cerdas de

tu flotante y enrispada crin! ¡Cuántas veces te amé con la ternura de un amigo, porque dócil y manso llevaste en tus robustos lomos, el cuerpo aéreo y mágico de mi Laura! Muchos hay que creerán ridículo este apostrofe á mi leal *Bastardo*; pero otros, y serán los mas, comprenderán que un caballo inteligente, vivo y fiel, es una prenda que se ama mucho en la vida.

Todo pasa, todo muda y desaparece con el tiempo. Mi pobre caballo, Laura, mi amor, mi juventud, mis sueños de felicidad, todo pasó como un relámpago. ¡Tristes recuerdos de

Dichas que pasaron y ya no volverán!

Rápido, como el pájaro que surca el viento, pasé parte del camino, y solo detuve esta carretera fantástica que me había hecho ver el panorama de la ruta como las figuras de una linterna mágica, cuando me hallé delante de Panzacola (1).

II.

EL CONVENTO Y EL PUEBLO.

Panzacola es una magnífica quinta, situada á la izquierda y al otro extremo de un río, cuyas aguas barrosas se derrumban y chocan por las grietas y los peñascos que hay en el lecho. Imposible es describir la belleza de este sitio. El grupo de casas blancas y encarnadas; la aérea y galana balconería; el lujo que se observa en las vidrieras y cortinajes, y la oportuna situación de este edificio rodeado de árboles y de verdor, lo hacen uno de los mas hermosos é interesantes de los alrededores de México. Desde Panzacola se descubre todo el caserío de S. Angel, al parecer plantado en las lomas; y las haciendas de Guadalupe y Guicochea, y dominando todo esto, y flotante y aérea entre la pompa de una naturaleza esbultuberante y magnífica, se halla la cúpula de azulejos del convento del Cármen. Paso á paso, y estasiado con esta nueva y magnífica perspectiva, llegué á una capilla que está á la entrada del pueblo, y seguí costando la cerca de la huerta del convento, hasta que finalmente me hallé frente del atrio del Cármen.

Un grupo de indios, y una multitud de burros, estaban mezclados y aglomerados á una ventana; eran los compradores de peras gambas y perones, que disputaban acorraladamente con el lego y mozos encargados de su espedito, sobre el tamaño, la calidad y la cantidad de la fruta. Dejé á los especuladores ocuparse de su negocio; tomé una hermosa pera que con ingenua franqueza me brindó una india, dejando asomar sus dientes blancos como el marfil, y me introduje en la portería rogando al mozo avisara al padre Fr. Juan de S. Elias.

[1] Casa de campo de la pertenencia del Sr. D. Manuel Barrera, donde actualmente hay fabrica de paños.

Un momento estuve contemplando multitud de mendigos cojos, mancos, ciegos, ancianos, que saboreaban con muestras de grande placer, una porción de comida, que los padres les distribuyen cotidianamente. ¡Bendita sea la caridad! Es una de las virtudes mas dignas y mas nobles, que los hombres pueden ejercer en la tierra. Era una escena evangélica el ver aquellos pobres, abatidos, aislados, segregados como miembros inútiles por la sociedad, encontrar bajo las bóvedas de un claustro, un alimento que regaban con lágrimas de gratitud, y que pagaban con sinceras oraciones al Criador por la felicidad de sus bienhechores.

Maquinalmente me dirigí por aquellos corredores y galerías donde reinaban la soledad y el misterio. No sé qué temor y respeto infunden aun al hombre menos religioso, esas galerías oscuras donde retumba el eco del ruido de nuestras pisadas; esos arcos y columnas antiguas, elevadas por la piedad cristiana; esos corredores sombríos entapizados de pinturas religiosas, donde solo se han escuchado el llanto del arrepentimiento, y las plegarias del afligido. ¡Santos y tranquilos recintos, donde se estrellan las oleadas de la sociedad, en el continuo flujo de sus revoluciones y de sus maldades!

Allá, al fin de un corredor, divisé á un portero con su manojo de llaves en la mano, y al buen padre que venía á mi encuentro.

Nos saludamos.

Es el padre Fr. Juan de San Elias un hombre de mas de ochenta años, con su fisonomía surcada y llena de arrugas; al traves de la cual se percibe la lozanía y la salud, propia de quien ha tenido una vida sobria y arreglada. Es el padre Fr. Juan de San Elias, un excelente anciano lleno de virtudes, con su fisonomía abierta y franca, y como dice Sterne, una de esas bellas cabezas escapadas del pincel de Rafael.

—Vamos, amigo, me dijo; vd. viene á honrar á los pobres frailes. Es hora de refectorio, y sabe vd. que nuestra regla nos prohíbe comer con visitas, á no ser en señalados dias; pero la cocina de los carmelitas de San Angel, permite obsequiar á los pasajeros y á los pobres.

En esto, el sonido de una campana se escuchó por el claustro.

El padre se dirigió hácia un corredor donde venían hasta media docena de frailes con las capuchas caladas; y todos, con los ojos bajos y en el mayor silencio, se dirigieron al refectorio; yo por mi parte me dirigí á la cocina, cuya puerta no me fué difícil encontrar, guiado por el humo y el olor que se percibía.

Juan, el cocinero, es un sugeto importante, rapido completamente, infundido en manteca y aceite desde la cabeza hasta los piés, con una fisonomía indiferente de filósofo estoico, y sus caerolas

en la mano, hace treinta años que se ocupa en hacer empanadas, tortillas de huevos y arroz con leche. Ya verán los lectores que con treinta años de ejercicio en este ramo, debe haberlo elevado al último grado de perfección.

Por una ventana abierta en la pared, y que comunica al refectorio, se sirven los manjares á los padres. El refectorio es una pieza de mas de treinta varas de largo, y rodeada de una mesa angosta con sus respectivos bancos, de manera que cómodamente pueden asistir á refectorio ciento cincuenta individuos; mas la comunidad del Cármen está reducida á su menor expresion, pues apenas llegará á seis ú ocho entre legos y profesos. En medio del refectorio hay una gran cruz de madera, colocada en un pedestal de piedra. Los padres, antes de sentarse, se prosternaban ante la cruz.

Ya que estuvieron colocados en sus respectivos asientos, entonaron en voz alta el *Benedicite*, y Juan comenzó á enviar los platos. Toda esta escena, vista al traves de la humareda de una cocina, y respirando el embriagante aroma de las frituras y pescado, tenía algo de romántica.

Concluido el refectorio se dirigieron los padres al coro, y á poco Fr. Juan de San Elias vino á encontrarme, á la sazón en que sostenía una acalorada conversacion gastronómica con el buen Juan, el cual recibió y escuchó con sumisa veneracion las órdenes que su superior le impuso para que me tratara bien.

—Se banará vd. primero, me dijo el padre, y en seguida haré que en la huerta le sirvan á vd. la comida.

—Me parece excelente la idea.

Nos dirigimos á la huerta, y entretanto tomaba yo un baño en un tanque de agua cristalina, mi venerable guia se entretuvo en arrancar las hojas inútiles y secas de los rosales, y recoger y aglomerar en un punto la fruta madura que se habia desprendido de los árboles. Fresco, alegre y experimentando un bienestar indefinible, me dirigí en busca de mi amigo, el cual me aguardaba debajo de un senador, donde estaba ya colocada una mesa con un cubierto. Juan no tardó en venir, conduciendo en un gran cajón lo siguiente: Una enorme taza de caldo de pollo; un plato de excelente sopa, llamada por el bello sexo *caprotada*; otro idem de picadillo, formado con diversidad de pescados, y condimentado de una manera especial; una tortilla de huevos, de una semma de diámetro y otro tanto de espesor; un par de empanadas, cuya fama es tradicional, rellenas de ranas; una taza de arroz de leche de cabra; una botella de excelente burdeo:—Esto es cualquier cosa, me dijo el padre; pero completará vd. con fruta, que la hay excelente en los árboles.

Recomiendo á todo hombre filósofo, aficionado

nado algun tanto á la buena mesa, y deseoso de pasar un día patriarcal, que una vez cada año en tiempo de primavera, pase un día en el convento del Cármen de San Angel. Sobre todo, las empanadas y la sopa no hay palabras con que ponderarlas.

Después de tan abundante comida, nos internamos á vagar por esas calles inmensas y espaciosas de arboledas frutales. La pera, la manzana, el peron, las uras, las ciruelas de España, las castañas, todo crece y fructifica en este espacio y ameno pensil, con una pompa y una belleza admirables. Ya era un arroyo trasparente el que llamaba nuestra atencion; ya un árbol agobiado y dobladas sus ramas por el peso de tanto fruto; ya un rosal con mas flores que hojas; ya los lirios y las azucenas esparcidas con profusion en el suelo. . . .

Condujome en seguida el padre á su celda. Era una estrecha y sencilla habitacion, sin fausto, sin adornos. Una mesa con un Crucifijo, un sillón, una cantimplora con agua, y una porcion de esteras colocadas en un rincón y que hacian veces de cama, era todo el adorno de la celda. Manesca humilde y pacifica, proppia para un hombre que retirado del mundo en un santo asilo, habia visto deslizarse muchos años de su vida entre la oracion y las contemplaciones de las bellezas de la creacion!

El sol habia declinado un poco, y saltó al pueblo á dar un paseo. No es una ciudad grande y populosa; pero sí una aldea lujosa, con hermosos edificios adornados suntuosamente, y que hacen honor al buen gusto de la aristocracia mexicana, que en la época de la primavera pasa alegremente sus días, en medio de los paseos campestres y de espléndidas orgías.

III.

EL CABRÍO.

¡Cuántas citas de amor! ¡Cuántas declaraciones tiernas é interesantes! ¡Cuántas lágrimas se han desprendido de los hermosos ojos de las lindas mexicanas, y se han mezclado en la linfa trasparente y pura de los mozos! ¡Cuántas escenas de amor y de remordimientos tal vez, han presenciado estos frondosos árboles, y estas rocas cubiertas de musgo y de flores! Enagelado con estos pensamientos trepaba, ayudado de un enorme bastón, por el augusto sendero que conduce al poblito de Tizapan, y creia ver aquella multitud de damas que en un tiempo de primavera pasean por esos sitios: las percibia deslizando sus pequeños piés por la orilla del precipicio, con sus trages blancos, sus chales nácares y ajules de gasa; unas con sus sombrerillos de paja, y otras con sus rizos blondos y flojantes; todas bellas como las flores; todas llenas de amor; todas románticas y melancólicas; to-

das tiernas y conmovidas al aspecto de tan rica y voluptuosa naturaleza. . . . Nada de esto habia entonces: un muchacho, trepando como un saltapared por las breñas, reunia las orejas y las cabras, y las llevaba al lado opuesto del barranco; y uno que otro asno pastaba entre los matorrales y magueveras.

De repente divisó una jóven, que cabalgando en un robusto caballo tordo, se aproximaba rápidamente. Tenia un gracioso sombrerillo de paja; una bata color de rosa que flotaba al viento, dejando ver un calzon bombacho blanco. Pasó cerca de mí; saludóme con una graciosa sonrisa, y haciendo caracolear su caballo por el borde del precipicio, se internó en un soto de árboles, y desapareció de mi vista. Era bella, fantástica, é ideal, como Diana la cazadora.

Seguí mi camino, el cual es una angosta vereda ascendente. Por la derecha hay un barranco abierto en las breñas, que se hace mas profundo á medida que uno avanza: allá, en el lecho, se ven enormes peñascos desprendidos, y otros que á una altura inmensa están suspendidos de un solo extremo, y que parece que bastaria un soplo para precipitarlos. Por la izquierda es la escena de una belleza singular. Multitud de árboles frutales llenos de frondosidad, forman una sucesion de sotos y bosquecillos, donde á causa de la esuberancia de las ramas, apenas se desliza furtivamente uno que otro rayo de sol á iluminar las modestas chozas de piedra y carrizo, pertenecientes á los indios dueños de estas huertas. Por todas partes atraviesan y serpean arroyos cristalinos, cuyas márgenes están cubiertas de variedad de flores; por todas partes se oyen los trinos de los pájaros, y se ven meciéndose en las ramas y picando la fruta á los rojos cardenales y vistosos azulillos.

Allá, en el fondo de esta perspectiva, y al parecer brotando de entre una guirnalda de flores, se ve un arco brillante de agua que se despeña al barranco, y forma lo que llaman la cascada.

No es la cascada de San Angel una de esas enormes masas de agua que como en el Niágara ó Tequendama, se precipitan rugiendo desde una grande altura, no; la cascada de San Angel es formada de un riachuelo que somero, apacible y silencioso, corre entre los manzanos y sauces, y se precipita formando un arco cristallino por entre las campanulas, maravillas y madre-selvas que se enredan entre los matorrales, y entapizan los peñascos. Su ruido es algun tanto solemne é imponente; mas cuando se inclina la vista al precipicio, y se ven los copos de espuma que se levantan, la lluvia espesa que como un rocío de plata cae sobre las plantas, y los brillantes colores del iris que se reflejan en los transparentes hilos de agua que se desprenden,

se desecha toda sensacion de terror, y un sentimiento apacible y grato se apodera del alma.

Alternando con esta música de la naturaleza escuché los acentos de una guitarra, y las dulces vibraciones de una voz que modulaba una de esas canciones populares, llenas de sentimiento y de expresion. Diríjime por entre un soto de árboles, y muy pronto encontré una casita pintada de blanco, sencilla y modesta como es preciso que sean las habitaciones campestres: edificada frente de una frondosa morera cargada de frutos.

Esa casita pertenece á las buenas gentes que ministran quesos y leche de cabra á los que pascen por estos sitios. Allí vivia una recomendable familia, que la oleada de las revoluciones políticas tenia por entonces confinada en aquel solitario y apacible destierro. Mi bella Diana de vuelta ya de su paseo, tocaba la vihuela y cantaba. Saludáronme con afabilidad, y consentí en tomar asiento para contemplar un instante aquella escena patriarcal. Unas ovejas y cabras pequeñas, blancas como la espuma de la cascada, triscaban alegres y jugueteaban por el corral: una buena muger hacia queques: un hombre sencillo á cuyo cuidado están las cabras, reconocia las líneas de las manos de unas niñas, y les decia la buena ventura: la familia tranquila oia con complacencia á la jóven que tocaba la vihuela. . . . todo era bello é interesante.

Era ya la hora del crepúsculo cuando me retiré; el sol se habia puesto ya, y unas nubes graciosas y teñidas de púrpura se reflejaban en las aguas de la cascada; los pájaros volaban cantando sobre el precipicio: las luciérnagas comenzaban á hacer relucir sus alas de fuego, y los campos eshalaban un perfume delicioso. . . . allá lejos oí los últimos acentos de la cancion que cantaba M*** alternados con el ruido de agua, y con los concertos indefinibles de la naturaleza, cuando brillan los últimos y dulces fulgores del crepúsculo de la tarde.

Al día siguiente regresé á México.

Mucho tiempo ha tra scurrido desde que hice esta escursion hasta hoy. Las impresiones que dejó en mi alma fueron vivas é indelebles.

En medio de la nieve de las cumbres de la sierra en las inmensas llanuras del desierto, debajo de los árboles tostados por el hielo, en las arenosas orillas de la mar, en todas partes he recordado esos aromas, ese ruido misterioso, esas nubes de grana; ese paisaje en fin espléndido, magnífico, encantador, que presenta la cascada de San Angel, vista á la última luz del crepúsculo.

Octubre 15 de 1843.

MANUEL PAYNO.

1°

PENSAMIENTOS DEL CREPÚSCULO.

I.

VAGANDO lejos de la patria mia, Las selvas de la América mis plantas Hollandando van, cuando á velar el día, ¡Oh niebla de las tardes! te levantas.

Triste es cruzar sus vastas soledades, Y entre el polvo tal vez de sus veredas, El polvo alzar de incógnitas ciudades Del tiempo rotas por las raudas ruedas:

Es triste profanar los cementerios Donde las tumbas mil de sus mayores Guardaban los salvages, con misterios Veriendo en ellas lágrimas y flores.

¡Momias en sus sarcófagos dejaron Bajo sauces y opacos sicómoros! ¡O los huesos llevando, abandonaron Al invasor sus tierras, sus tesoros!

¡Quién sabe lo que fue! . . . El alma rota, Herida, pliega el pensamiento humano, La duda esteril en el alma brota Ante el profundo inescrutable arcano.

II.

¡Allá va el sol! Las cúspulas gigantes De la blanca ciudad, los verdes montes Con los rayos doraba agonizantes, Al declinar á extraños horizontes.

Corona del volcan, encima ardia Del ancho cráter que la nieve abarca, Y en púrpura la nieve convertia, Cual rico manto de oriental monarca.

Mas ya cayó: levántase la sombra Y discurre la niebla en las montañas, A donde trepa por la verde alfombra El humo de las miserias cabañas.

Un lago allí tranquilo y azulado; Allí se agrupa un blanco cascado; Acá el antiguo alcazar derrumbado, La ermita pobre y el bosque umbrío.

Su melena de espigas de oro agita La mies, formando espléndido horizonte, Y su llanura trémula lumina, Por aquí la ciudad, por allá el monte.

III.

Ni un ave, ni un insecto, ni un ruido; Ni una rama en los árboles se mece: El viento en los espacios emudece, Y en las playas lejanas duerme el mar.

Brota por fin la brisa del crepúsculo; Rompe la selva en fíbil armonía, Y á los destellos últimos del día Parece con las copas saludar.

Es la muda plegaria; que en las tardes Murmura al Creador naturaleza, Al reclinar su lánguida cabeza De la noche en el lecho funeral:

Himno de amor cual la oracion del niño
Que de hijos oraba, y cuando el sueño
Tocó en su vara de beleño.
Se reclinó en el seno maternal.

¡Oh! si tocara mi abrasada frente
Y adurmiera mis fervidas pasiones;
Si en ensueño inmortal, mis sensaciones
No dejaran en mi alma amarga hiel,
¡Cuán libre el pensamiento volaría,
Mundos salvando y recorriendo espacios,
A levantar efímeros palacios
En un mundo fantástico como él!

Mas traigo aquí mi corazón marchito,
Del que cayeron tantas ilusiones
Cual de otoño á los broncos aguileños
Hojas ¡ay! de esos árboles caerán.

Para estos una fértil primavera
Traen en triunfo rápidos los años;
Y en mí, tronco podrido, desengaños
Donde antes ilusiones brotarán.

Grande es la soledad, aunque el invierno
Sus robles cambie en esqueletos secos;
Cubriendo el musgo bienhechor los huecos,
Conserva el gérmen de la vida allí.

¡Ah! que el hombre en sus miserios harapos
El gérmen solo de su muerte guarda,
Y á su raza pasándole bastarda,
Es infecundo, estéril para sí.

Sublime es esta hora en que una duda
La mente asalta, el corazón oprime:
¡Esa desnuda humanidad que gime
Marcha á encontrar un trono ó una cruz!

Su miseria mortal sacudiría
Para seguir en pos de una creencia,
Si este incierto crepúsculo á su ciencia
Preludase una sombra ó una luz.

Triste es dudar, y el noble pensamiento
Cual la materia inerte ir arrastrando,
Y al pié de los cipreses meditando
En misterios que vela el porvenir!

Tristísimo pasear por la existencia
Con la duda en el alma, una mirada,
Y contemplar la raza condenada
Por el polvo del mundo á discurrir!

Lejos de mí su fúnebre memoria;
Lejos de mí su horrisono bullicio;
Hace el ara, aun después del sacrificio,
A la olvidada víctima temblar.

¡Feliz, si á tristes desengaños, fero
Vivir pudiera en lánguido reposo,
O detrás de un pasado tormentoso
Los mares del olvido colocar....!

Augusta soledad, hora sublime,
Llenad mi corazón de vuestra calma;
Honda meditación ensalce á mi alma
En éstas purísimo hasta Dios.

Vaga melancolía, un sentimiento
Triste y dulce en mi seno se difunde
Y el mundo, y sus recuerdos, todo se hunde
Ante el silencio augusto de las dos.

IV.

Vago clamor de funeral campana
Anuncia la oración!
Trae á mi oído lánguida la brisa
El último eco del sublime son.

V.

¡Ah! los que en la tierra fuisteis,
Dignos del cielo y de vos;
Los que puros sucumbisteis,
Y en espíritu os hundisteis
Allá en el seno de Dios;
Los que, pájaros caídos,
Volviendo á los patrios nidos,
Bajo el ala maternal,
Llevásteis las almas puras
A las mansiones seguras
De beatitud perennal.

Los que sois polvo en la vida,
Y ángeles ante el Señor;
Planta que en fango escondida
Teneis la raíz podrida,
Y en el tallo blanca flor;
¡Perdisteis ya la memoria
De esta tierra transitoria
De miseria, de ofandad!
¡O ese acento resonando,
De tumba en tumba rodando,
Cae en vuestra eternidad....!

¡Dormid! que el sueño profundo
De esa eterna beatitud
No turbe un eco del mundo.
¡Dormid! que el oído inaudido
Pulveriza el ataúd.

Yo os consagro un pensamiento
Hora que estremece el viento
Ese fúnebre clamor:
En mis locos desvarios
Nunca ¡oh manes de los míos!
Nunca os olvidó mi amor.

Lejos ¡ay! vuestros despojos
Y vuestras tumbas están;
Ni en estas carés de hijos,
Ni sobre aquellos mis ojos
Verte lágrimas podrá!
Mas creo ver vuestro giro,
Y en mis viglias os miro,
Y os tengo en mi corazón;
Y siempre á mi lado os siento,
Os hablo, os toco, y ni al viento
Que abraza, huye mi ilusión!

Es verdad que cuando estiendo
La muerte el pardo capuz,

El alma los aires hiende
Y una eternidad se enciende
Sobre la estinguida luz;
Pero ¡ah! mis cenizas frías
Ni en las bóvedas sombrías
Junto á vos reposarán:
No, dispersaráslas crudo
De mi infortunio sañado
El turbulento huracan.

VI.

¡Mi alma yace en soledad amarga!
¡Cuándo podré la deleznable carga
En la losa de un túmulo posar?
Dios quiso que mi senda recorrieran,
Y que mis pasos trémulos siguieran,
La duda, el desengaño y el pesar.
Si hizo nacer en mi camino abrojos,
Puso lágrimas muchas en mis ojos,
Y en mi pecho también resignación.
¡Bálsamo celestial, santa ambrosia!
De mis labios cayeron cada día
Palabras de ternura y bendición.

VII.

Mas va espira el crepúsculo; brillante,
Tras de los montes, la modesta luna
Asoma entre la niebla, que importuna
Cual páldo reflejo, sube en pos.
Así, al traves de un velo de misterios
Jamás alzado por humanos bríos,
Allá, detrás de los sepulcros fríos,
Se alza sublime la esperanza en Dios.
Septiembre 10 de 1843.—C. COLLADO.

CRITICA.

LOS ADJETIVOS.

El nombre adjetivo, como saben no digo los literatos, sino hasta los muchachos de la escuela, sirve para calificar al sustantivo, y es parte esencial de la oracion, que sin él tendríamos que decir aisladamente los nombres de las cosas, sin poder designarles sus cualidades. Esto sería una ventaja para ciertos individuos de la sociedad; por ejemplo, no se podria decir *muger coqueta, casada perjura, literato charlatan, abogado imbécil, &c.*

Pero si ha sido el adjetivo siempre una necesidad para los idiomas, hoy lo es mucho mas; y sin consagracion puede decirse que es el siglo de los adjetivos, y estos el auxilio de todos los escritorzuolos que á fuer de palabras retumbantes, sonoras y campanudas, y del uso inmoderado de las interrogaciones, admiraciones y puntos suspensivos, quieren dar á sus escritos un tinte romántico—bestiático, que tiene un sabor, no Calderoniano, sino diabólico.

Examinad, pues, curiosísimos lectores, los

que leis folletos y poesías fugitivas en los periódicos, á todos los escritores cadavéricos de esta generacion nerviosa, y vereis cómo derraman á torrentes los adjetivos. ¡Contentarse en estos tiempos un poeta, con decir: "Mi Laura hermosa!" Si, bonitos son para andarse con tantas economías, y mas en adjetivos que no cuestan un ochavo: dicen, pues, que Laura es *bella, linda, hermosa, pura, casta, sensible, virtuosa, amorosa, cándida, fúlgida, esplendente, amorosa, enojosa, motirosa, olorosa, primorosa, virtuosa, &c.* ¡Oh! pero no hay remedio: las composiciones quedan frías si no se les sazona con la abundante sal y pimienta de los adjetivos.

Cuando un enamorado trata de elogiar á su Dulcinea no es dueño de su cabeza, y puede perdonárselo que vacie un costal de adjetivos; pero queda dicho que hay furor en prodigarlos: así vemos que cuando un poetastro habla de la noche, comienza con tono lágubre:

Era una noche *negra, tempestosa,
Horrible, cadavérica, espantable,
Fantástica, nublada y pavorosa.*

Si en estos tiempos escribimos una carta de amor á una querida que nos traiciona, no nos contentamos, con decirselo simplemente y como Dios manda, sino que le agregamos, eres, una *muger infiel, traidora, perjura, coqueta, falsa, pérfida, ingrata &c.*

Mas para no cansarnos en hablar minuciosamente de la aplicacion de los adjetivos, baste solo copiar un trozo de prosa que pasará hoy por el mas acabado y cloeunte que pueda salir de cerebro humano.

"Guillermo el Rojo se acercó *frenético, agitado, rabioso*, y poniendo un puñal *agudo, reducente y afilado* en la garganta *blanca, torreada y alabastrina* de la doncella Catalina, la dijo estas palabras *tremendas y terribles*:

—Catalina, yo soy un hombre *delirante y ciego* de amor; y si no te rindes *amorosa y afable* á mis caricias *tiernas, animales y ardientes*, te daré una muerte *lenta, horrible y espantosa* con este puñal *buto y acerado*.

—Quitate de mi presencia, *hombre malvado inicuo, indecente, atrevido y criminal*, ó máteme, pues nunca te he de considerar este amor *puero y sublime* que está reservado para mi *gallardo y caballeroso* Enrique.

—Condenacion eterna, gritó Guillermo, y hundiendo el puñal en el tierno y virgen corazón de la doncella, cayó ésta *desangrada, párida, convulsa, agonizante*.

El papel se acaba, y las ganas de escribir sobre adjetivos. ¡Cuidado, Señores escritores, con el uso inmoderado de este específico gramatical! De lo sublime á lo ridículo no hay mas que un paso.—Yo.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

COLÁ DE RIENZI.

Es se magus sumit.

LUCANO.

El excesivo poder se derriba por sí solo.

APARECEN de tiempo en tiempo en las naciones, hombres cuya inesplicable influencia los hace para siempre memorables monstruos, por decirlo así, de poder y de fortuna; destinados á hacer ya la felicidad ó grandeza de su patria, ó ya su desventura y ruina. Tales hombres por lo regular, salen de entre la multitud del pueblo, al que han tenido la dicha de dominar, bien por sus arengas en las plazas públicas, bien por sus elocuentes discursos en la tribuna parlamentaria, ó bien por sus proezas en los campos de batalla. En las grandes crisis de las naciones, y cuando la anarquía se ha apoderado de ellas, ó el despotismo las ha subyugado, es cuando se presentan estos hombres, que después la posteridad llama célebres, y á veces les concede el pomposo título de héroes, entre los cuales acaso hay algunos que á no haber sido el infujo de ciertas circunstancias, jamás hubieran adquirido tal celebridad, ni salido de una esfera en que se habrían tenido por incapaces para ejercer la menor influencia en los destinos humanos; pero el destino es para las naciones, como para los individuos, una fuerza irresistible.

La historia de todos los tiempos nos presenta varios ejemplos de lo espuesto. Rienzi en Roma, Masaniello en Nápoles, Cronwell en Inglaterra, Bonaparte en Francia, y tantos otros.... Pero, recordamos aunque sea rápidamente la historia del primero.

Hacia algún tiempo que Roma había dejado de ser la reina del mundo; los gefes degradados del imperio de los latinos habían desaparecido, y aun el padre de los fieles abandonando la ciudad que San Pedro le legara, había trasladado su residencia á una ciudad de Francia. La anarquía se había apoderado del estado, y el descontento de todas las clases de la sociedad había llegado á su colmo; eran continuos los motines y las querrelas intestinas, entre el pueblo y las diversas facciones de la nobleza; los

Orsini, los Colonna y los Savelli marchaban por las calles de la ciudad á la cabeza de sus partidarios, y á cada instante se variaba el gobierno; pues como dice no recuerdo que político, al modo que un enfermo, cuando se alargan sus dolencias se consulta con variar de médico; así también los pueblos se consuelan muchas veces cuando el poder muda de mano: así es, que los senadores, los prefectos, los cónsules y los tribunos, se sucedían frecuentemente, y puede muy bien decirse, que ya no había ni libertad ni opresor.

Tal era el estado de Roma en el siglo XIV, cuando del matrimonio de un tabernero y de una labandera, nació Nicolás Gabrini, conocido con el nombre de Colá de Rienzi, quien á pesar de su condicion médiocre, fué el caudillo de una revolución, que asombró no solo á la Italia, sino á la Europa entera. La familia de Gabrini no podía proporcionarle, ni distinción ni riquezas; pero á costa de mil privaciones y sacrificios, le dió una educación esmerada, á la cual debió su grande elevación y su trágico fin. Entregado con ardor al estudio de la historia y de las antigüedades, leia con ansia los escritos de Ciceron, Séneca, Tito-Livio, César y Valerio Máximo; y dotado de un talento extraordinario, y de una gran vivacidad, se elevó á una esfera superior, y se hizo célebre entre sus contemporáneos; quienes no le escedían un solo punto en su veneración á los antiguos romanos, ni en el deseo de volver á su patria la organización republicana, y hacer renacer en ella sus antiguas costumbres. Hombre fogoso y dotado de gran verbosidad popular, explicaba hábilmente todos los rasgos de grandeza y de gloria que distinguen á la antigua republica; y cuando consideraba su decadencia esclamaba: "¿Adónde están aquellos esclarecidos romanos? ¿Adónde de sus virtudes, su poder y su justicia? ¿Cómo no he existido en aquellos dias tan dichosos!"

"Ningun hombre de su siglo, dice Mr. Simonde de Sismondi (1), tenía mayor veneración á la antigüedad, ni una emulacion mas noble, para hacer revivir sus virtudes: ninguno había hecho un estudio mas profundo de las costumbres y de las leyes de la república romana, ni sabia interpretar mejor las inscripciones y los monumentos que hasta entonces había mirado el pueblo con ojo estúpido, sin encontrar en ellos el recuerdo de las virtudes de sus antepasados; ningun otro estaba tan animado de un celo mas ardiente por el bien comun, ni de un patriotismo mas escaldado: ninguno en fin, comunicaba á los demas sus sentimientos y sus pensamientos con una elocuencia mas persuasiva."

Todas estas circunstancias hicieron que en el año de 1342, Rienzi fuera nombrado diputado, en compañía del célebre Petrarca, asendrado patriota, y poeta esclarecido, para que pasasen á Aviñon á suplicar al papa Clemente VI que se trasladase á Roma, residencia natural de la Santa Sede, y pusiese así término al despotismo de algunos nobles que eran ya muy poderosos. Rienzi arengó con entusiasmo al pontífice, quien le escuchó benignamente; y reconociendo su gran talento, le nombró notario de la cámara apostólica; y aunque prestando algunas causas políticas, se negó á seguir á los diputados, les encargó que anunciásen al pueblo romano, que en lo sucesivo se celebraría el Jubileo secular cada 50 años (2), y les hizo grandes promesas, las cuales no fueron cumplidas.

Cuando Rienzi regresó á su patria, la encontró en la misma ó en peor situación, que cuando había salido de ella; la desmoralización era estrema; los caminos estaban infestados de asesinos y ladrones, y ya no había ni tranquilidad ni justicia, sin la cual no puede subsistir ninguna sociedad; pero la posicion de Rienzi era mucho mas ventajosa que antes de su partida, y un dia en que su entusiasmo fué estremo, convirtiéndose sus brillantes recuerdos en halagadas esperanzas, mandó colocar en la puerta de la iglesia de San Jorge, un anuncio concebido en estos términos. "Dentro de pocos dias los roma-

(1) Histoire des républiques italiennes du moyen age. C.XXXVII.

(2) El papa Bonifacio VIII instituyó el Jubileo Secular ó Año Santo; el primero se verificó en 1300, y mandó que se celebrase cada 100 años; luego Clemente VI, conmovido por las calamidades de la iglesia, por la invasión de los infieles, por las guerras entre los cristianos y considerando cuán corta es la vida del hombre, redujo el periodo á 50 años. Urbano V en 1360 abrevió mas el término, reduciéndolo á 33 años, en conmemoracion de los 33 años que vivió en el mundo N. S. Jesucristo; pero Nicolás V en 1449 lo volvió á aumentar á 50 años; en 1470 Pablo II lo fijó en 25 años; y finalmente, en 1473 Sixto IV confirmó esta última reduccion que subsiste aún. Además de este gran jubileo, los papas suelen conceder otros al tiempo de su elección, y aun en algunos casos extraordinarios.

"nos serán como antiguamente, y entrarán en el buen estado." En seguida, convocó al pueblo en el monte Aventino, y para poner remedio á tantos males, propuso un cambio en la forma de gobierno, para que de este modo volvieresen los romanos á lo que él llamaba *buen estado* (*buono stato*). Presentóse con un traje magnífico, y que tenía algo de misterioso; arengó á la multitud con toda la vehemencia de que era capaz, y al eshortarle á que recobrase su libertad, su elocuencia fué tan patética, que le hizo derramar lágrimas; le recordó la estension que en otro tiempo había tenido el territorio romano, que descendía del pueblo rey; y finalmente, le eshortó á que tomase con él parte en la salvacion de la patria; de modo que consiguió que todos los concurrentes prestasen juramento sobre los Santos Evangelios, de que harían todos los esfuerzos posibles, para el restablecimiento de la libertad romana.

Desde este instante, 19 de Mayo de 1347, puede decirse que reasumió Rienzi la potestad suprema, pues á su arbitrio gobernaba al pueblo: en seguida mandó que desde las doce de la noche en adelante, se celebrasen treinta misas al Espíritu Santo, á las cuales asistió; luego salió de la iglesia con la cabeza descubierta, pero bien armado y rodeado de sus parciales; á su derecha iba el obispo de Orvieto, vicario del papa, y por delante de ellos se conducían tres estandartes, sobre los cuales se veían los emblemas de la libertad, de la justicia y de la paz; el primero representaba á Roma sentada sobre dos leones, y teniendo en una mano una palma, y en la otra un globo; en el segundo se veía á San Pablo con una espada en la mano; y en el tercero á San Pedro con las llaves de la concordia y de la paz. Con todo este aparato se dirigió al Capitolio, y cuando llegó á él presentó al pueblo unos reglamentos que llamó *editos de buen gobierno*, y solicitó su aprobacion: la multitud que en todos tiempos y en todos los países es amiga de lo extraordinario, y se deja llevar de sus primeras impresiones, no solo recibió con entusiasmo los reglamentos que se le presentaban, sino que aprobándolos sin el menor cesamen, hizo que inmediatamente se pusieran en ejecucion, y proclamó á Colá de Rienzi *tribuno y libertador del pueblo romano*.

La nobleza, que hasta aquí no había visto en Rienzi mas que un demagogo elociente, comenzó á recelar, y quiso oponerse á sus demasías, mas ya no era tiempo; la revolucion estaba generalizada, y se vieron obligados á reconocer la autoridad del tribuno, quien mandó que los principales nobles saliesen inmediatamente de la ciudad, y el resto prestase solemnemente juramento de obediencia. "¡Cosa maravillosa; á todo condescendieron aquellos nobles, poco antes tan altivos

no parecía sino que ya no tenían ni poder ni influencia. "El toque de alarma del Capitolio, dice Mr. Daru (1), obligó á los barones á abandonar sus fortificados domicilios, para venir á humillarse ante el tribuno popular; y la historia nos representa á los Savelli, á los Frangipani, á los Colonna y á los Orsini, en pie, temblando, con la cabeza descubierta, y en la actitud mas sumisa, prestando el juramento de fidelidad á la ley del buen estado entre las manos del hijo de un tabernero."

Desde luego el árbitro de la nueva república, se ocupó en poner en ejecución sus reglamentos para destruir á los malhechores que infestaban los caminos, reanimar el tesoro público, y administrar pronta y cumplida justicia. "Acaso, dice el sabio y elocuente inglés Gibbon (2), nunca ha producido la energía de un solo hombre, tan grandes efectos como en la atropellada revolución hecha por el tribuno Rienzi. Sometió á la disciplina de un ejército ó de un convento, á una guardia de bandidos; oía á todos con paciencia; administraba pronta justicia, y era incorsorable en sus castigos; el pobre y el extranjero obtenían sin dificultad su audiencia, y ni el nacimiento ni la dignidad, ni las inmunidades de la iglesia, podían salvar al culpable ó á sus cómplices."

Con semejante conducta Rienzi no solo consiguió que los habitantes de Roma, quienes creían haber recobrado su libertad, estuviesen satisfechos de su tribuno; sino que muchos príncipes extranjeros saludaron benignos al feliz rebelde, é hicieron alianza con él; envió correos á toda la Italia, éstos llevaban una vasija de plata con las armas del pueblo romano, del papa y del tribuno; con cuyo distintivo eran por todas partes respetados. "He llevado esta vasija, decía uno de ellos, así por las calles de las ciudades, como por los bosques, y millares de personas se han arrodillado delante de ella, y la han besado, derramando lágrimas de alegría, dando así gracias por la seguridad de los caminos, y la destrucción de los bandidos."

Los correos de Rienzi habían recorrido en efecto una gran parte de la Europa, para anunciar que en Roma se había restablecido el buen estado, y con él la paz y la justicia; y para invitar á los soberanos del continente á que enviasen á Roma diputados ampliamente facultados, con el designio de establecer en toda Europa, el mismo buen estado. "Rienzi, embriagado con los buenos resultados que había logrado, dice el citado Gibbon, concibió una idea que era grande, pero acaso quimérica: quería formar de los diversos estados de la Italia, una

confederación cuya cabeza fuese Roma. No era menos elocuente en sus escritos que en sus discursos, y con el objeto indicado escribió á las ciudades libres, y á diferentes príncipes por medio de mensajeros."

Estos mensajeros fueron bien acogidos en toda Italia, la cual parecía estar dispuesta á recibir las órdenes de Rienzi; pues la sabiduría y equidad que precedieron en toda su conducta, le grangearon aun en el extranjero tal nombradía, que hasta de los lugares mas distantes sometían algunas cuestiones á su decisión, y en aquel instante no parecía sino que la vieja ciudad de las siete colinas había querido elevarse bajo la dirección de un solo hombre, á su antiguo esplendor.

Hasta aquí puede pintarse la vida de Rienzi con colores vivos y lisongeros: hasta aquí puede decirse que fué la última chispa de la libertad romana, y hasta aquí en fin puede considerarse como un hombre digno de la antigua Grecia, ó de los mas bellos días de Roma; pues desde este instante, la suerte que le había sacado del polvo, para colocarlo en tan elevado puesto, le volvió la espalda: era ya excesivo su poder, y debía caer por sí solo. Embriagado el tribuno con el fausto y la pompa de que se veía rodeado, comenzó por olvidar la moderación y la prudencia que habían distinguido sus primeros actos, y se alucinó hasta el punto de creer que podía dominar al mundo; que cierto es que el orgullo hace cometer tantas hazañas como el interés! "La reputación y el poder del héroe declinaban rápidamente, dice el mismo Gibbon, y el pueblo asombrado que había visto con admiración la ascension del meteoro, comenzó á notar las irregularidades de su marcha, y las vicisitudes de la luz y de la oscuridad."

En efecto, sus virtudes se habían convertido en vicios, pues su justicia degeneró en crueldad; su liberalidad en profusión, y su deseo de adquirir una buena reputación, no fué ya mas que una vanidad pueril. Quiso imitar á los Gracos, y estos se habían indignado, ó al menos reido de ver al que se decía su sucesor, dando el título de "candidato del Espíritu Santo, severo y misericordioso, libertador de Roma, defensor de Italia, amigo del género humano, de la libertad, de la paz, de la justicia, y tribuno no augusto." Su cabeza no era bastante fuerte para resistir á tan vivas y variadas impresiones: su traje espléndido y misterioso, los estandartes alegóricos, las águilas de que iba siempre precedido, y el globo y la cruz que en las procesiones llevaba en la mano, todo lo cual formaba un aparato teatral, y una mezcla ridícula de las dos Romas, que contribuía no poco á trastornar su perturbado juicio. Multiplicaba las fiestas pa-

ra tener oportunidad de lucir sus adornos, y presentar á su esposa, rodeada de damas de honor: las felicitaciones y regalos que se le remitían de varios puntos de Europa; y los embajadores que recibía de los soberanos, que ó solicitaban su amistad, ó le pedían alguna gracia, lo alucinaron hasta el punto de decir: "Lo juzgaré el globo de la tierra, según la justicia, y á los pueblos según la equidad;" y sacreñetó la vanidad lo condujo hasta el punto de hacerse armar caballero, pues quiso pertenecer á la antigua nobleza. ¡Insensato! ¿Qué no se conseguiría superior á toda ella, después de haberla dominado? Pero, oiganos en la relación de tan ridícula ceremonia, al autor de la famosa Historia de las repúblicas italianas, Mr. Simonetti de Sismondi.

"Esta ceremonia, dice, se efectuó el día 19 de Agosto (1347) en la iglesia de S. Juan de Letran; fué precedida de una gran reunión, en la cual se dieron los festines mas espléndidos á los embajadores, á los extranjeros, y á todos los romanos de distinción en los tres palacios de Letran. La víspera de la función de S. Pedro Advíncula se bañó el tribuno en la pila de périda, donde según la tradición, se había bañado Constantino, después de haber sido curado de la lepra por el papa San Silvestre. Colá durmió después en el recinto del templo, y al día siguiente se presentó ante el público vestido de escarlata, y se hizo oír la espada de cableazo y genil-hombre romano (1); oyó después misa en la capilla del papa Bonifacio, y á la mitad de esta función se adelantó hácia el pueblo, exclamando: "Nosotros os citamos, Sr. papa Clemente, para que os vengáis á Roma, sído de nuestra iglesia, con todo nuestro colegio de cardenales. Os citamos Luis de Baviera y Carlos de Bohemia, que os llamais reyes y emperadores de los romanos, y con vosotros á todo el colegio de electores alemanes, para que nos hagan ver qué derecho tienen al imperio, y sobre qué fundamentos pretenden disponer de él. Declaramos, entretanto, que la ciudad de Roma y todas las ciudades de Italia son, y deben permanecer libres; concedemos á todos los ciudadanos de estas ciudades, el derecho de ciudadanos romanos, y tomamos al mundo por testigo de que la elección del emperador romano, la jurisdicción y la monarquía pertenecen á la ciudad de Roma, á su pueblo y á toda la Italia." Luego, sacando su espada y esgrimiéndola en el aire del lado de cada una de las tres partes del mundo, repitió: *Esto es mio, esto es mio, esto es mio.* Al instante envió correos á llevar las citas á Avignon y á los dos emperadores. El vicario del papa, obispo de Orvieto, que

había asistido á toda esta ceremonia, permanecía atónito con tan inesperado atrevimiento; no obstante, llamó á un escribano para protestar ante él y en presencia del pueblo, que sin su consentimiento y sin el parecer del papa se tomaba el tribuno tanto poder; pero Colá hizo en el momento que somsen todas las músicas militares para que los romanos no pudiesen oír tales protestas. Mas á pesar de todo esto, el vicario no rehusó, en el festín que siguió á esta ceremonia, comer solo con el tribuno en la mesa de mármol; mientras que la mujer de Colá presidía en el palacio nuevo la mesa de las damas nobles. En el palacio viejo se servían otras mesas indistintamente, para todos los hombres de todas las clases, abates, monges, caballeros y mercaderes que habían sido convidados á la ceremonia; en ninguna parte se había visto desarrollado aún tanto lujo y magnificencia en un festín."

Entre tanto los Colonna y los Orsini, que por un instante parecía que habían doblado la cerviz ante la audacia del tribuno, dejando á un lado su antigua animosidad, se unieron, y trababan de destruir al tirano; pero sus planes fueron descubiertos, y los cabecillas de la insurrección arrestados. Rienzi convocó el 17 de Septiembre al parlamento ó asamblea general, para anunciarle que la seguridad de la república exigía que cayesen las cabezas de algunos nobles, pues que había descubierto sus traiciones. Todo estaba dispuesto para la ejecución; pero cuando estuvo el pueblo reunido, el tribuno le arengó, y por una de aquellas contradicciones tan frecuentes en la especie humana, el mismo interesado por los que iban á ser sus víctimas, y después de haberles escitado un solemne juramento de que servirían con fidelidad al pueblo romano, y que sostendrían el buen estado, les concedió la libertad; mas los nobles á pesar de su juramento, en el instante que se vieron fuera de la prisión, se apoderaron del castillo de Marino, donde reunieron á sus partidarios, y enarbolando el estandarte de la rebelión, se dirigieron en seguida á Roma á asolar todos sus alderredores.

El restaurador de la república romana era hábil orador, pero torpe guerrero; pues con la lectura de Tito Livio no había adquirido ni los talentos que constituyen al general, ni el valor indispensable al soldado. La campana del Capitolio tocó á rebato y Celso marchó á la cabeza de mas de veinte mil hombres, los cuales á su vez no hicieron mas que asolar las inmediaciones de Marino, según lo habían sido las de Roma; después de esto, el tribuno volvió con su ejército y se hizo revestir en el Vaticano con la púrpura imperial, con cuyo traje recibió á un legado que el papa enviaba á Roma, para mantener allí su autoridad.

Los nobles intentaron atacar directamente la

(1) Histoire de la république de Venise, lib. VI.

(2) Histoire de la décadence y de la chute de l'Empire Romaine, cap. LXX, traducida al francés.

(1) Frammenti di Storia Romana, L. II cap. 35 pag. 45.

ciudad; pero sus esperanzas se frustraron, bien sea por el mayor número de combatientes que la defendían, ó bien por su valor, ellos fueron rechazados, perdiendo algunos de sus caudillos, y teniendo el resto que replegarse á Marino. La victoria del tribuno había sido completa, si en el instante mismo se hubiera dirigido á Marino en persecución de sus enemigos, á los que tal vez habría aniquilado en su huida; pero lejos de esto se regresó á Roma á sus ridículos festines y á armar á su hijo caballero, de manera que á cada instante conocían mas y mas sus enemigos cuán incapaz era de gobernar, y aun el mismo pueblo miraba ya con indiferencia el *buen estado*.

El legado del papa tuvo dos entrevistas con el tribuno, y despues de inútiles negociaciones, fulminó contra él una bula de excomunion que lo despojaba de su autoridad, tratándole de rebelde, sacrilego y herege. Los nobles no dejaron de aprovechar la ocasion, y procurándose la amistad del legado le ofrecieron sus servicios con el objeto de derrocar al usurpador: unos seles asimismo Juan Pepino, conde de Minerbino, desterrado de Nápoles, que se había refugiado en Roma, con algunos de sus partidarios. Viéndose Rienzí de tal modo amenazado, mandó tocar á rebato; pero en vano; ya el pueblo era indiferente; sin embargo, agrupóse la muchedumbre en el Capitolio; pero sin armas y atraída solo por la curiosidad. "El tribuno no se desalentó en esta circunstancia, dice M. Artaud (1), y recurrió á su acostumbrada elocuencia, y á los movimientos de inspiracion que tanto le habían favorecido. El pueblo se enterneció; pero muchas veces se había conocido que el tribuno no tenía mas que el don de la palabra, y algunos hombres desengañados, gritaron que no debía escucharse."

Rienzí lloró... y en un momento de desesperacion, exclamó: "*Despues de haberos gobernado siete meses, voy á renunciar el poder.*" Nadie se atrevió á levantar la voz para hacerle variar de propósito, y entonces atravesó la ciudad y fué á encerrarse en el castillo de Santángelo.

Tres dias despues, la ciudad de Roma estaba ocupada por la nobleza, y envuelta de nuevo en la anarquía.

Un mes permaneció Rienzí oculto en el castillo de Santángelo, sin poder salir; hasta que al fin determinó fugarse disfrazado con el hábito de un monje, y fué á implorar la proteccion de Luis de Hungría, que á la sazón se hallaba en Nápoles; pero cuando este principe dejó la Italia, Rienzí se vió precisado á ocultarse entre los eremitas del Apennino, y segun refiere uno de los historiadores citados (2), volvió á Roma con la

(1) Histoire de l'Italie, pág. 154.

(2) M. Gibbon.

multitud de peregrinos que concurrieron al jubileo de 1350. Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que despues de haber vagado por las ciudades de Italia y Alemania, se presentó al emperador Carlos IV, rey de los romanos, con la esperanza de obtener su proteccion; pero á pesar de su persuasiva elocuencia nada consiguió, y el emperador mandó arrestarle con el designio de ponerlo en seguida á disposicion de Clemente VI. Así sucedió en efecto, y por aquella movilidad tan comun en el destino del hombre, el mismo que en 1347 se había visto en el Capitolio rodeado de toda la pompa de un soberano, en 1352 se miraba entrando en la ciudad de Avignon custodiado como un malhechor, y á no haber sido por las recomendaciones de su amigo Petrarca, indudablemente se habria visto en el cadalso; no obstante, yacía encerrado en una prision, esperando por momentos su sentencia, y sin mas consuelo que la lectura, al tiempo que la muerte de Clemente VI vino á dulcificar su suerte.

Cuando en 1353 Inocencio VI ocupó la silla de S. Pedro, Roma continuaba despedazada por la anarquía; era insuportable la altivez de los nobles; y el desenfreno de sus costumbres era tal, que el pueblo había llegado á echar de menos al tribuno y á su *buen estado*. Acababan los romanos de entregar el mando supremo á un escribano, hombre que aunque se espresaba como patriota se manejaba como tirano, llamado Francisco Baromeli, cuando el papa Inocencio VI determinó enviar á Roma en calidad de legado, para hacerla volver á su obediencia, al cardenal español Gil Albornoz; nadie podía acompañar al legado en tal empresa, mejor que aquel que había dominado en otra ocasion al pueblo, y que le había hecho concebir tan halagüeñas esperanzas; así es que Inocencio mandó que Rienzí se uniese al legado con el título de senador, despues de haber exigido de él un solemne juramento de fidelidad.

Los romanos habían olvidado ya los desastres del tribuno y lo recibieron, llenos de entusiasmo, esperando que restablecería el orden, como al principio de la época en que se vió investido de un poder absoluto. Mas desgraciadamente no fué así, pues Colá no había sabido aprovecharse de las lecciones de la experiencia, y se hallaba en una posición demasiado complicada, como dependiente del papa, quien no solo le había nombrado senador, sino que aun le había reconocido como noble y caballero; y además se encontraba sujeto á la inmediata vigilancia del cardenal legado, el cual le escaseaba toda especie de recursos, de manera que Rienzí se vió obligado á contraer deudas con unos aventureros, ofreciéndoles dividir en ellos el poder que iba á recobrar; pero lejos de cumplir sus

ofertas, tan luego como logró restablecer las leyes que él llamaba tan enfáticamente del *buen estado*, uno de sus primeros actos fué mandar al suplico al hermano de los alucinados que le habían proporcionado recursos, porque le exigió el cumplimiento de sus promesas; el pueblo sin embargo de que en tal ejecución no veía mas que un acto de justicia, pues que se castigaba á un ladrón público, no dejó de notar la ingratitude y mala fé del antiguo tribuno, y comenzaba ya á murmurar cuando vió con sorpresa conducir al cadalso al ciudadano mas virtuoso y estimado de Roma; en consecuencia la guerra civil continuó, y los Colonna levantaron el grito contra Colá echándole en cara sus iniquidades; él para sostener una lucha, y mantenerse en el poder, quiso establecer una nueva contribucion, y entonces el pueblo desengañado por segunda vez se atumoló en el capitolio el dia 8 de Octubre de 1314, gritando: *¡Viva el pueblo! ¡Muera el traidor Colá de Rienzí!* Pronto se vió abandonado aun de sus criados; trató de averiguar á la multitud para conjurar así la tempestad; pero todo fué en vano: el pueblo estaba furioso y no quiso oírle, y antes por el contrario, tan luego como le vió en el balcón lanzó sobre él tanta piedra, que le obligó á retirarse. Estaba ya el palacio por un lado ocupado por el pueblo, y por otro devorado por las llamas, cuando Colá determinó huir; disfrazóse al efecto con una capa sucia; salió á mezclarse con la multitud; á través algunas piezas sin ser conocido; pero al salir por la tercera puerta que debía pasar, un romano se le encaró, diciéndole: *¡A dónde vas?* Colá tuvo bastante entereza en este momento, y poseído de cólera respondió: *¡Soy el tribuno!* Entonces la muchedumbre se apoderó de él, y lo condujo al mismo lugar en que solía pronunciar sus sentencias; sin embargo, nadie se había atrevido á atacar contra su vida; no parecía sino que todos le miraban con veneracion; Rienzí iba á aprovecharse de las circunstancias, y trataba de dirigir de nuevo la palabra al pueblo, cuando un artesano llamado Cecco del Vecchio, temiendo que la elocuencia del antiguo tribuno hiciese algun efecto en la multitud, se adelantó y con mano firme le clavó un puñal en el corazón. En el mismo instante cuantos le rodeaban se aproximaban á herirle; su cadáver fué bárbaramente despedazado y arrastrado por todas las calles de la ciudad.

Así pereció aquel hombre, cuya elevacion y poder asombraron á la Europa, que despues de brillantes y memorables sucesos, experimentó los rigores de la suertte que está reservada á todo despota, que gobierna solo guiado por el impulso de sus pasiones. Todo hombre colocado por la fortuna en un puesto elevado debe procurar que sus acciones estén conformes con los

principios mas sanos de la moral, de la política y de la justicia, pues tan luego como se separa de ellos, su caída es inevitable, y desdichado de él si olvida que el que gobierna una sociedad está sostenido por dos fuerzas, la moral y la física, muy poderosas cuando están reunidas; pero que en el instante en que falta la primera, la otra queda reducida á la nulidad. La vida del tribuno Rienzí es una prueba irrefragable de esta eterna verdad, y cualquiera que la recorra atentamente no podrá dejar de exclamar: "Oh, y cuán cierto es que la historia no se ha escrito, sino para dar graves lecciones á la prudencia humana!"

Septiembre de 1843.—J. M. de Torrescano.

ESTUDIOS MORALES.

LASCIASTE OMNI SPERANZAM.

A M. F. M. P.

TRISTE te miro, ó joven; como el esqueleto del árbol en el invierno, yace tu corazón sin ilusiones; esprimió su hiel la incredulidad en la copa de tu juventud, y con el último sol de tu infancia se perdió ¡ay! para siempre la única luz que pudiera alumbrarte en el porvenir, ¡a esperanza!

He contemplado la faz de los cielos envuelta en el manto de la tiniebla ciega; la oscuridad formaba el horizonte; ni un relámpago, ni una estrella; ni la luz fátua, hija de los sepulcros; ni el vuelo inconstante de la luciérnaga, apareciendo y muriendo entre las zarzas: era la imagen del caos: la ví y me horroricé, porque comprendí lo que puede ser la existencia sin esperanza.

El perfume de la flor que se divaga en el viento; la vibracion del laud que se pierde entre el estrépito de las ondas del torrente; la planta que desarraiga el huracan, y va á morir mística y postrada en la agua salobre del mar, ¡ah! todas son imágenes infieles de la vida sin esperanza.

Yo te ví, joven, triscar ardiente en medio de los festines, y acosado por la fiebre de la duda, lanzarte en el mar de los placeres vedados; enlazar frenético el talle breve de la muger impúdica; esconder tu frente abrasada entre los rizos de ébano de su cabellera; incorporar tu semblante y tu labio en su seno perdido de deleite, y en un momento separaste el rostro, y el llanto que vi en tus ojos era de hastío y de amargura; era la revelacion del infierno que quemaba tu alma.

Comenzaste prostituyendo tu razon, entregándola virgen al servil espíritu de la moda, como conduce la madre desventurada á la hija cándida en medio de las orgías de buen tono.

¡Infeliz! Creías que la paráidia de la virtud te conquistase amigos; que la ruidosa carejada que se tributa entre libertinos al sarcasmo contra la

Omnipotencia, lisonjear mas allá de esos tiempos de ocio, de claritanería, que se llaman cafés.

Cuando descendías á la soledad de tu corazón hallabas en él una horrible herida; cuando pasabas la mano por tu frente, echabas de menos una flor de las que formaban la corona de tus virtudes.

Y fué para tí la amistad un contrato, cuya intimidad calculabas por la suma de goces impuros que te producía; y fué para tí el amor un tráfico para saciar una pasión brutal; y fué burla para tí la creencia; y farsa el dogma; y risible conseja la inmortalidad.

Y así errante de una en otra orgía, sepultando en cada bacanal una creencia, sacrificando en cada conquista amorosa una virtud; en tus horas de fastidio echaste la vista sobre los libros frívolos de tu mesa, y sus ideas se unieron á tus ideas como los copos de hielo que caen de las nubes á la nieve que corona los volcanes; como se unen dos nubes tempestuosas formando una sola.

Identificado con los personajes frívolos de las novelas, escogerabas cuanto veías; y en tu frente encontraba la maldición; y te creíste hijo del acaso, y gimiendo maldijo tu labio á la Providencia augusta.

Tu pensamiento, esclavo del crimen, obedecía á la materia degradada; el placer carecía de novedad, y en consecuencia de atractivo: encallada el alma deseaba impresiones mas vivas; entonces sonrió el crimen, y clamando: "Vivir es gozar," te embriagaste con los nuevos hechizos que te ofrecía.

Ángel caído, flor pura que arrancó de su tallo el torbellino para arrojarla al cieno, corriente de agua límpida, cuyo curso estravió la maleza para precipitarla en el fango.

Sopló entonces el viento de la adversidad sobre tu frente y marchitó tus ilusiones pueriles, como el ala del invierno cuando pasa sobre el tallo del almendro.

Audaz culpaste al Eterno; con el compás mezquino de la inteligencia medir quisiste la inmensidad; y del triunfo pasajero, y de la caída de la hoja del árbol, sacar quisiste argumentos en contra de la justicia del Eterno, y que sirviesen como de mentis á la promesa ó al anatema de inmortalidad.

En las horas de agonía y abatimiento, cuando los dolores que aquejan al alma, suscitan sollozando en nuestro pecho la desesperación, es dulce contemplar el firmamento; parece que entre esa página infinita escribieron la mano de Dios con caracteres brillantes y eternos: "Creed, y esperad!"

Cuando se pasea sobre las ondas la tempestad, en las alas del rayo, y á la luz del relámpago, revela la faz de la muerte sobre la roca en que puede estrellarse el bajel perdido; allí, en el lejano horizonte, se ven interrumpidas las nubes, y so-

bre un cielo de zafiro resbalando los rayos del sol poniente en la blanca pared de la murala del puerto. ¡Dulce es mirar esa murala, porque es la imagen de la esperanza!

Leyendo á Chateaubriand me horrorizó la pintura patética de una tormenta, y lo veo aterrado junto al mástil de un buque, teniendo un abismo á sus plantas, con el sobresalto en la frente y la zozobra en el corazón; en tanto que un oscuro marino enciende una humilde lamparilla á la Virgen, símbolo de su ruego y su creencia, y duerme tranquilo arrullado por la tempestad: en esa vez cerré el libro con el llanto de consuelo en los ojos, y exclamé con entusiasmo y con ternura: "Creed, y esperad!"

En las montañas del Norte de mi patria, entre esos ramales gigantes de la sierra, repentinamente se encuentra uno en medio de una cañada sombría, y ásperas rocas y salvajes quebrañas trepan á los cielos, reduciendo la vista á un círculo mezquino, y cuando el viajero se cree sepultado en un abismo, halla que la naturaleza caprichosa horadó los peñascos; y desde aquella agreste atalaya se divisan llanuras risueñas y árboles frondosos, cristalinos rios y alfombras de flores, cortinajes de plantas, que asidas á los árboles agitan sus campánulas de zafiro y alabastro, con el viento que conduce las armonías de los bardos alados del desierto.

¡Feliz quien distingue desde el abismo del sepulcro, otra vida de paz y de bienandanza!

¡Ay de aquel verdugo de su alma, que anticipándose la muerte, sacrilego contraentendido en la existencia, cree que el sepulcro es la hoguera que devora la gota de lluvia que en ella cayó por acaso; cree que el sepulcro es el mar en que se embeben y confunden las corrientes de los rios, ó la llama que aniquila el ala débil de la mariposa, que revuela inconstante á su alrededor desde que nace!

¡Ay de aquel que lee en la lápida de la tumba aquellas palabras, que con buril tremendo grabó el génio tenebroso del "Dante" á la entrada de su infierno: *Lasciate omni speranza*.

GUILLEMO PRIETO.

Regularmente los maridos tienen la culpa de la perdición de sus esposas.

Una muger celosa y despechada, está en riesgo de perderse.

Los tontos no pueden comprender á los hombres de talento.

Los grandes pensamientos vienen del corazón.—V.

COCINA FRANCESA.

CONTINUA EL VIAGE A EUROPA EN 1841.

Mi S. D. A. M. E.

Mi bien amada N. A. Dos son las principales ventajas de la cocina francesa; limpieza y prontitud en los procedimientos, y en Paris se debe contar una tercera, la excelencia de la materia prima. Muchas veces los platos que vd. pide al sentarse á la mesa, están todavía en el número de los posibles, y sin embargo, unos cuantos minutos bastan para ponerlos en presencia de vd., tales como los ha mandado. En cuanto á la limpieza, es de ver cómo se distinguen perfectamente hasta los menores condimentos en varios manjares; y cómo en todos están dispuestos con cierta curiosidad que agrada mucho. Por lo que respecta á los materiales, le aseguro á vd. que carnes, pescado, legumbres, especias y velículos, son de la primera calidad, y que muchos de estos artículos no admiten ya perfección: es un gusto ver los mercados en donde se espandan, ó las tiendas en que se preparan y conservan: todo está con el mayor aseo, y aun muchas cosas excitando el apetito. Pero nada puede compararse en este ramo con las carnes que presentan las canchiceras, qué gordas, que bien destastadas.

Los parisienses son probablemente el pueblo mas goloso del mundo: hasta en las clases últimas de la sociedad se encuentra quienes pretenden voz y voto sobre el bocado mas tierno: la carne mas jugosa, la salsa mas adecuada, la combinación de mejor efecto, y es chistoso ver á una blusa discutir estas sutilezas con la misma gravedad y aparente inteligencia que pueda mostrar el gastrónomo mas refinado. Cual mas, cual menos, todos los parisienses pretenden el derecho á este voto; pero hay ciertos séses degradados, que se creen venidos al mundo para solo comer; que no piensan ni sueñan sino en comer; que no hablan ni obran sino para comer; que todos los negocios de la vida no tienen para ellos mas carácter que el de medios de comer ó hacer la digestión, y que son capaces de los mayores abatimientos, y aun tal vez de algunas maldades por comer; personas, en fin, cuyo Dios es su vientre, el comedor su templo, la mesa su altar, y la

comida toda su religion y su existencia. Y no crea vd. que estas son exageraciones: cuanto acabo de decir sucede al pie de la letra, y por desgracia no es uno solo el individuo á quien convengan así estos rasgos.

Y yo no sé si será el clima y la calidad peculiar de los alimentos, ó si el uso de sus buenas preparaciones hace mas sensible el paladar; pero lo cierto es que yo, cuya compañía de tantos años habrá convencido á vd. de mi perfecta indiferencia sobre platos, comencio ya á sentir esta indigesta influencia, y á no encontrar bueno el bistec sino cuando la carne está tierna, y escurre sin embargo la sangre; ni la leche, sino cuando está gorda; ni la fruta si no está perfectamente madura; y otras impertinencias del mismo estilo en que no habia pensado antes, sino cuando me veía obligado á sentarme á una mesa sin tener hambre. Y aunque aqui no presente esto un grave inconveniente por ser tan fácil procurarse estos objetos, y con ellos la satisfacción apetecida, me entristece sin embargo verme en tan falsa ruta, porque es una retrogradación en filosofia, aunque sea al mismo tiempo un adelanto en civilización.

Pero mas bien querrá vd. saber algunas particularidades en concreto, que todas estas abstracciones; y como por el deso de complacerle le informádome de una ó otra cosa que me han parecido poco conocidas de vd., le diré algo sobre ellas. Lo primero que comi en Burdeos y me llamó la atención, fué una sopa que llaman *purée* y que debiera hacerse de uso general entre nosotros, así por la facilidad de prepararla, como por su buen gusto y su sustancia. Se compone de arros, habas, chicharos ú otros granos, juntos ó separados, y que despues de molidos en seco, crudos ó tostados, se hacen hervir hechos ya harina en agua ó caldo, que se sazanan al paladar. La especie llamada *purée aux crovouts*, tiene ademas unos cubos ó dados de pan tostado en manteca, que se echan por encima de ella al tiempo mismo de servir, y no antes, porque se pondrían corremos y avaquetados. Un inteligente me ha dicho que la mejor

purée era la que se hacía con chícharos verdes cocidos ligeramente, esprimidos, guisado el caldo que de ellos resulte, con cebollas, sal y manteca, y vuelto á colar para que quede solo.

Otra buena sopa es la Juliana, y consiste simplemente en el caldo común, con varias verduras cocidas en él, especialmente chícharos y zanahorias; diré á vd. de paso, que la zanahoria que aquí se come, es toda de la especie de aquella tierrecita que cultivamos en la huerta, y no tiene como la común de México el resabio que la hace desagradable. La costumbre es servir la sopa muy aguada, y comerla sola, es decir, sin pan alguno, y aun en algunas messes no se pone éste, sino después de servida aquella. La carne del puchero solo puede comerse en las cocinas de los particulares, pues en los restaurantes ó fondos lo escuden hasta un grado tal, que no dejan de ella mas que un bagazo insípido: así puede decirse que en las comidas del público no hay olla. Por esto siguen los guisados después de la sopa, y aunque en este apócrifo artículo desearía dar á vd. algunas noticias detalladas, veo con sentimiento por vd. que soy un ignorante, de quien no se puede sacar provecho.

Los asados son otros artículos de mayor importancia, y de mas frecuente uso, pues todos ó casi todos, se hacen en crudo, y lo que mas comunemente llamamos nosotros así, se llama acá fritura. Un plato de legumbres y una ensalada, se consideran tambien como platos indispensables: sobre las primeras tengo que notar á vd. los chícharos, que se guisan en mantequilla con harina y azúcar cuando están verdes, y las alcachofas, que ademas de nuestros condimentos comunes, reciben el de ser envueltas en huevo todas sus partes blandas, después de haberlas cocido y sazonado con aceite, vinagre, sal y pimienta, y ofrecen entonces una fritura agradable; se comen tambien estas, lo mismo que los espárragos, simplemente cocidos y con una salsa que se llama y es blanca, y se compone de mantequilla, huevos y limón. La ensalada de lechuga merece tambien una mención particular, no solo por la preparacion que llaman á la Chaptal, que es tan sencilla como agradable; sino tambien por otra salsa con que la cubren, y se hace con aceite, sal y limón, batido hasta dar al todo la misma consistencia que una mantequilla á medio derretir. La preparacion del conde Chaptal, que lo mismo se ocupa de política que de manufacturas, de cultivos como de cocina, consiste en mezclar la sal suficiente con el aceite, y revolver bien los pedazos de lechuga bien lavada y escurrida, hasta que estén todos unidos de aceite, echando hasta entonces el vinagre.

En punto á dulces, el sistema francés es enteramente distinto del nuestro; sus compotas, mer-

meladas y frutas en aguardiente, no valen nuestros postres: pero del mismo modo nuestras conservas, cajetas y cubiertos, no pueden compararse con los métodos de conservar puestos aquí en práctica. Vd. sabe que en este ramo puedo dar voto, y por lo mismo me creeré cuando le aseguro que color, sabor, y hasta olor, se conservan mucho mejor en los dulces franceses que en los nuestros; y si tuvieran nuestras cidras, sandías, plátanos, mamoyes, bonetes, jarillas, y sobre todo nuestras guayabas, cuente vd. con que harian maravillas. Con solo los ocho ó diez géneros de frutas propias para dulces que ellos tienen, hacen primores, y saben variarlos y combinarlos de infinitos modos. Sus jaleas no valen un comino, y las de nuestros tejocotes y membrillos cuando están hechas por manos tan maestras como las de vd., pueden desafiar todas las grosellas del mundo. Nada he visto de pastas, y así las nuestras de pepita, almendra, camote, piña ó coco quedan sin rivales.

Debia haber comenzado por el almuerzo, y aun mejor por el... no, no, no, iba á decir desayuno, pero aquí no lo hay; más el hablar de él después de la comida, no turbará la digestion. Es artículo verdaderamente curioso, y que presenta una variedad sin ejemplo en nuestra simplicidad hispano-americana, el almuerzo usado en Francia. Los huevos y café de los veracruzanos y jalapeños; la cocina de las costas del Sur; la carne de puerco de Guanajuato; el bistec ó té de nuestros ingleses, y una ú otra ligera modificación, son todo lo que conocemos en nuestras clases acomodadas; y en las pobres, la tortilla, chile y atole, ó el pambazo y el chingurito; pero aquí hay una variedad prodigiosa. Prescindiendo de que Paris encierra habitantes de muchas partes del mundo, y que estos siempre que pueden hacen su cocina al estilo de su país, al menos de cuando en cuando, basta considerar los hijos mismos para tener diferencias sin cuento.

Pan y queso, pan y mantequilla, pan y alguna fruta barata, pan y cerveza, pan y vino, son el diario de las gentes pobres. Pero los que tienen alguna comodidad, varían desde el chocolate á la *babaraise* solos, hasta el café con leche, mantequilla y rabanitos; y desde el caldo de la compañía holandesa, hasta los magníficos servicios del *Rocher de Lancel*. Un plato de fresas, y un buen vaso de vino, es un almuerzo de que hemos oido hablar muchas veces á nuestro buen vecino el chileno, que lo tomaba con frecuencia cuando estuvo en Inglaterra, y aunque el paladar de vd., intolerante como el mio, por nuestra ignorancia, lo calificaba de malísimo; le aseguro que errábamos en nuestra calificación, y que es excelente. Muchas veces he visto comenzar por una rebanada de melon, y lo que parecerá á vd. mas extraño, esta misma rebanada sirve algunas veces en vez

de salsa, para comer con ella la olla, y... sabe muy bien.

Sobre provisiones de víveres no hablaré á vd., pues ya le dije algo en mi anterior sobre mercados. Así será mejor contarle que el almuerzo se hace á las nueve de la mañana, y la comida, de las cinco de la tarde en adelante, y decirle algo sobre el chocolate. Cuando vd. pregunta si se usa el chocolate en Francia, le contestan, que muy raramente, que apenas se encuentra quien lo tome, y que es una española indigesta, indigna de la finura y civilizacion francesa; pero si vd. da unas cuantas vueltas en las calles, y echa una ojeada sobre los avisos de los numerosos periódicos, al ver tantas tiendas consagradas ya parcial ya exclusivamente á su venta, y tantos anuncios sobre él solo, creerá que no se toma otra cosa diariamente, y que todas las clases lo consumen en abundancia. Será bien falso, sin embargo, el juicio que vd. forme sobre las informaciones de otros, ó sobre el testimonio de sus ojos.

El chocolate en Paris, como entre nosotros el café con leche, es un término medio entre las golosinas y los manjares de necesidad ó de costumbre. Es decir, que en la marcha ordinaria de la vida, á nadie le vendrá antojo vehementemente de tomarlo, ni extrañeza de no haberlo tenido tal ó tal día; pero de cuando en cuando, y por poco que lo favorezca el acaso, vendrá el deseo de hacerse servir una taza. No fué poca mi sorpresa la primera vez que por conocer el modo de servirlo aquí pedí uno; figúrese vd. que me van presentando una charola con su correspondiente copa y botella de agua; una taza, ó mejor diré, una tina de la capacidad de un cuartillo nuestro, con casi un dedo de espesor en sus bordes, y sostenida en un platillo que tenía dos de grueso, y al lado de ella la charolita de plaqué con la azúcar ordinaria; pensé que equivocados iban á servirme café; pero nada quise decir hasta ver el resto. Pues, no señora, aunque la pieza de hoja-de-lata en que traían lo que iba á llenar mi taza, tenía la forma común de una cafetera, su contenido era un atole, ó mejor diré, un champurrado en que el mas torpe hubiera convencidose de que entraban como partes elementales el cacao y la leche. En qué proporcion estaban uno y otra, no me atreveré á decirlo; pero es seguro que la base de aquel brebaje era harina ú otra cosa así.

Supongo que aun el caraqueño mas determinado habria hecho pié atrás á tal aspecto; pero yo que estaba bien decidido á apurar el cáliz que me preparó mi curiosidad, le arremetí intrépidamente con la cuchara, y habiéndolo probado, no pude menos que exclamar como *Mi paisano* al ver la panza con que nos ha hecho reir tanto: ¡O chocolate el mas desgraciado que se ha visto desde la invencion de los chocolates! ¡En vano habia pensado saludarte como á un antiguo co-

nocido en país extraño! Y encomendándome al génio del inmortal Vattel, para que se dignara convertirmelo en un *padding* á la *chipolata*, ó cualquiera otra cosa menos mala que la que acababa de probar, tuve bastante ánimo para echarle tres terrones de azúcar, y volverlo á gustar cuando ya estuvieran disueltos. El primer trago fué con los ojos cerrados, como si fuera á engullir una purga; pero fuílos poco á poco abriendo, hasta ver distintamente el fondo del pilpito, y es necesario que confiese á vd., que malo como es, no lo era tanto como yo aguardaba. Otra vez me lo han servido con la azúcar ya disuelta, y aun esto es lo mas común. Nosotros hacemos nuestro chocolate dentro de casa, ó lo compramos hecho: en el primer caso lo distinguimos con el nombre de las personas, ya nominalmente como de F. ó S., ya en general, como del amo, de los criados, y en el segundo por el precio, así decimos, chocolate de á dos, de á tres, &c., tabillitas por medio real. Aquí cada chocolate tiene nombre específico segun la mezcla, y se llaman *ferruginoso*, *de salud*, &c., & del autor, como *chocolate Meunier*, &c., y es uno de los artículos que da mas ejercicio á la charlatanería.

Otra de las grandes ventajas de la cocina francesa consiste en los varios métodos que tiene para conservar toda especie de alimentos. Hablaré á V. de los guisados que supongo será lo que mas llamará su atencion, y al mismo tiempo es lo mas sencillo. Acabado de hacer, y sea de lo que fuere, en vez de ponerse á la mesa, se echa caliente como está en una caja de lata ó mejor de plomo ó de zinc estañado, procurando que la llene exactamente, se sella en seguida la tapa, se hace hervir nuevamente, y es probado, como dice Cortés en los Secretos estupefactos, que según á su tratado de la Fisionomía, Mouton al fin de muchos *secretos de artes y oficios*, y la gran Coleccion de patrañas, publicada en 12 tomos con este título: de este modo puede vd. servir á nuestras vitulas, chiles rellenos en Enero, ejotitos en Diciembre etc., y de la misma suerte puede vd. conservar su parca cerca de ante de seron hasta Mayo ó Junio, que ya no los hay ni necios ni conservados.

Pero entre otros inconvenientes que presenta el sistema francés de cocina, ninguno es tan grave como la manía de comer las carnes manidas; manía que llevan hasta un grado increíble, y que los hace comer las aves especialmente podridas, como suena, podridas. Los votos mas competentes y decisivos, encuentran este método superior, delicado, sensual, y vd. deberá suponer que nosotros lo hallamos el contrario, inmundito, insufragable. Es verdad que una carne recién muerta conserva todavía demasiada elasticidad y cohesion para que pueda ser tierna y sabrosa; pero lo es tambien que cuando ya fermenta, y es-